

PENÉLOPE AYER Y HOY

RODOLFO P. BUZÓN
UBA-CONICET
Director de *Argos*

La *Iliada* y la *Odisea* han sido objeto de traducciones y paráfrasis y de numerosísimos estudios y han servido de inspiración a diversos autores. Así encontramos el poema de Chaucer *Troilo y Criseyda*, el *Tersites* -burda farsa basada en la figura homónima que aparece en la *Iliada* y escrita a partir de un original latino de Ravisus Textor, redactada hacia 1537-, *Troilo y Crésida* de Shakespeare, el *Telémaco* de Fénelon, *Penélope aguarda* de Jorgelina Loubet y Rodolfo E. Modern, obra seleccionada en el Concurso Argentores-Fondo Nacional de las Artes (1961)¹. De esta última nos ocuparemos en este trabajo.

La obra retoma el episodio de los pretendientes narrado por Homero en la *Odisea*. En los dos primeros cantos se describen la actitud de los pretendientes y las reacciones de Penélope y de Telémaco. Bajo la guía de Palas Atenea, este resuelve ir a Pilos y a Esparta en busca de noticias de su padre y actuar, a su regreso, de acuerdo con lo que haya podido averiguar. En el canto XIII se narra el retorno a Ítaca de Odiseo, a quien la diosa informa de las asechanzas de los pretendientes a Telémaco. En el XIV, la conversación del héroe con el porquerizo Eumeo, quien le relata lo que sucede con los pretendientes y con Penélope. Siguen la llegada de Telémaco a Ítaca, el encuentro de Odiseo y Telémaco, la ida de Telémaco, Odiseo y Eumeo al palacio, el reconocimiento de Odiseo por Euriclea, la matanza de los pretendientes y el reconocimiento de Odiseo por Penélope (cantos XV a XXIII). Finalmente el canto XXIV narra las consecuencias de la matanza de los pretendientes.

Penélope aguarda está dividida en un prólogo y tres actos. Los autores han hecho una estudiada selección del episodio homérico; todos los personajes de *Penélope aguarda* aparecen en la *Odisea*.

La obra plantea, como principal, un tema siempre vigente: el amor y, en este caso, la perduración del amor y el desencuentro de dos seres, que una vez estuvieron muy unidos, o creyeron estarlo.

El desarrollo central de la obra corresponde al vínculo que une a Penélope y a Odiseo. Los autores han convertido a la Penélope de la antigüedad, célebre por su fidelidad, pero que, en cierto modo, parece no tener vida propia, en una mujer

¹
JORGELINA LOUBET-RODOLFO E. MODERN, *Penélope aguarda*. Buenos Aires, Argentores-El Carro de Téspis, 1970.

viva, que siente y padece. Hace veinte años su esposo ha partido a la guerra y durante el regreso al hogar ha ido pasando por diversas aventuras. Ya no se sabe si aún está vivo o si ha muerto; solo rumores llegan hasta ella. Sin duda la estada de Odiseo con Circe y con Calipso no la ha dejado indiferente. Pero es Nausícaa, con su juventud, la que causa la herida más profunda en el corazón de la ya no tan joven esposa de Odiseo. Con el transcurrir del tiempo, su corazón se va dejando seducir por las palabras de los pretendientes, más jóvenes que ella; en secreto, anhela que Odiseo ya no regrese y poder comenzar una nueva vida o, mejor dicho, poder vivir por vez primera.

Paralelamente al conflicto entre los encontrados sentimientos de estos dos adultos, Penélope y Odiseo, asistimos al proceso de crecimiento de Telémaco.

En el prólogo, al estilo del prólogo del teatro antiguo, el aedo Femio canta, en tono épico, los hechos acaecidos a Odiseo durante el regreso de Troya y nos dice sobre las dudas acerca de su muerte. La función del prólogo es tanto situar la acción, como interesar al auditorio: el heraldo Medonte, al final del mismo, alude a los hechos que ocurrirán. Femio y Medonte encarnan dos mundos: el aedo, el heroico; el heraldo, la realidad, que no es solo la de la *Odisea*, sino también la de los autores.

Para despojar a los personajes de su carácter atemporal, para convertirlos en seres de carne y hueso, los autores se sirven, principalmente, de la fina ironía y del anacronismo. Los encontramos ya utilizados en este prólogo. Un ejemplo de la primera aparece en el relato de Femio: "A lo largo de los veinte años que dura su insoportable ausencia, poblada por (...) los viajes por mar, los manjares exquisitos, los ricos presentes y el inseguro amor de mujeres ajenas (...)" (p.9). Es, en realidad, más la descripción de un crucero, que la de un hombre perseguido por las desgracias. La misma idea -con un dejo de ironía- la retomará Penélope, cuando al referirse Antínoo a las hazañas de Odiseo, responde: "Convengamos que desde hace unos años las hazañas guerreras están un tanto olvidadas... Ahora se lo celebra más bien por sus padecimientos en el mar..." (p.19). Y poco después añade: "La ninfa Calipso lo retuvo a su lado muy a su pesar... y lo mismo hizo Circe,... Odiseo es un héroe, ha soportado con ánimo resignado cuantas pruebas le enviaron los dioses..." (p.19). El anacronismo, que despierta una sonrisa en el espectador, nos lleva de golpe a nuestro mundo: así, por ejemplo, cuando Medonte, al advertir a Femio que no tiene oyentes, le dice: "(...) la gente se ha ido a comer. Todo el mundo anda hambriento por aquí, debe de ser el aire de la región" (p.11), empleando una locución contemporánea. O cuando Eurímaco recuerda que su madre decía: "'La voluntad de Zeus', 'la voz de Zeus', y 'Zeus así lo ha querido'" y su padre le aconsejaba, a su vez: "'A Zeus rogando'" (p.25), expresiones calcadas sobre las que se usan -o usaban- cotidianamente. Añadamos la exclamación de Euriclea, después de reprender a Melanto: "¡Ah! ¡qué difícil está poniéndose el servicio hoy en día!..." (p.17).

Otro recurso es el uso que los autores hacen de las comillas. Las utilizan en algunos casos, lo que parecería querer indicar un préstamo del original. Por ejemplo cuando ponen entre comillas las frases: "La voluntad de Zeus", "la voz de

Zeus", "Zeus así lo ha querido" (p.25), o cuando Telémaco llama a su padre "un gran embustero" o habla de la "feraz Duliquio donde el sol llena el aire de oro al bañar los trigales" (p.32). Sin embargo, en la *Odisea* el único adjetivo usado para referirse a la isla (Πολύπυρος) puede traducirse 'abundante en trigo' (XIV 335, XVI 396 y XIX 292). Este recurso sirve, en primer lugar, para remitir al espectador a la fuente. Pero es empleado, además, para darle carácter de verdad a reelaboraciones conceptuales o poéticas de los autores.

En *Penélope aguarda* la relación con los dioses es muy distinta a la que se da en la *Odisea*. En esta última obra las divinidades no solo aconsejan a los hombres y les envían presagios, sino que incluso los ayudan de hecho. La diosa Palas Atenea, cuya presencia es constante en la *Odisea*, no desempeña ningún papel en la obra de Jorgelina Loubet y Rodolfo Modern. En *Penélope aguarda*, en cambio, los dioses aparecen únicamente en contextos en los que se privilegia la fuente que sirvió de inspiración a los autores. Así, por ejemplo, en el prólogo el aedo en su canto dice: "Palas Atenea (...) vela sin duda en la patria de Odiseo (...)" (p.9). Pero los hombres actúan según su saber. Tampoco encontramos presagios enviados por los dioses. Aquí se trata solo de premoniciones, de sueños, de sensaciones. Penélope ha tenido una pesadilla. En ella ha visto la matanza de los pretendientes; su descripción de la muerte de Antínoo sigue muy de cerca el original (p.21). También Euriclea, la nodriza, intuye -vistos los sollozos de Penélope durante toda la noche y la actitud del perro de Odiseo- que algo está por suceder (pp.37-38).

Femio es, según Medonte, "cantor de prestadas voces" (p.10) -referencia, posiblemente, a la creación popular, sobre la que construye Homero-; el aedo, por su parte, teme ser desplazado: "¿Será posible que después de tantos años de fatigoso trabajo algún ciego vagabundo incapaz de tartamudear un hexámetro, venga a tomar mi puesto y se alce con los obsequios que me ha prometido este auditorio de holgazanes inútiles?", en evidente alusión a Homero. No son estas las únicas menciones a la creación: el lema de Femio es "Poesía y verdad" (p.10), al público lo acaba de definir como "holgazanes inútiles". Para el heraldo, en cambio, ese público está "tan ávido de nuevas invenciones" -¿esta obra, por ejemplo?- "como de riquezas" (p.10). Y, si bien la creación de Femio, "tus mentiras, fruto de la divina fantasía de la excelsa Musa, sobrepasarán siempre el áspero rigor de la verdad" (p.11), al mismo tiempo otorga a la creación poética un cierto valor: "es posible que los hechos que ocurran ahora, vulgares y sucios como agua de ropa lavada, resplandezcan al sol gracioso de la poesía" (p.11).

Interesantes son las referencias a Helena, que aparecen desde el prólogo. Helena fue raptada por Paris con permiso divino y, según algunas versiones, fue a Troya, mientras que otras nos dicen que lo que Paris llevó consigo fue un doble. Para los autores, Helena parece ser la única responsable: "generosa cónyuge Helena, aquella incapaz de negarse" (p.9); "¡Sube, impúdica, que más pareces de la casa de Menelao, que no de la nuestra!" (p.17); "la liviana"; "No insinúes que ella partió de buen grado" (p.19); "Hay de pronto extrañas inclinaciones en las más inteligentes de las mujeres. Helena casada con Menelao (...)" (p.24), "la muy zorra

(...) ¡Qué familia, por Zeus! ¡Vive para la cama!" (pp. 48-49). Es como si se quisiera quitarle a la leyenda ese aura de respetabilidad, pero que la hace eterna.

La obra sigue de cerca, eliminando muchos detalles y algunas acciones, a la *Odisea*. Hasta hechos menores, como el tejido que Penélope tejía de día y destejía de noche o el reconocimiento de Odiseo por su fiel perro Argos han sido retomados por los autores. E incluso utiliza en algunos casos casi las mismas palabras: para la descripción de la muerte de Antínoo soñada por Penélope (*Odisea* XXII 8 ss.: p. 21) y cuando Telémaco anuncia las decisiones que tomará a su regreso de Esparta y Pilos (*Odisea* II 220-223; p. 31).

El primer acto retoma -en forma muy condensada- los sucesos narrados en los cantos I y II hasta la partida de Telémaco. En las cuatro primeras escenas distintos personajes, en sus parlamentos, van conformando la nueva imagen de Penélope.

Melanto, una sierva, refiere a los pretendientes la prudencia de la reina, "de (cuya) boca sólo se escapa lo que ella quiere que se sepa" (p.13). Y Antínoo, uno de los pretendientes, resume la actitud de todos ellos y la atracción -no sólo física- que Penélope siente: "Si quisiera, tendría la juventud de cualquiera de nosotros" (p.14), donde hay un juego con la palabra "tendría": uno de ellos sería su esposo y al mismo tiempo ella volvería a ser joven (escena I).

Para Telémaco, Penélope, embargada por un profundo amor hacia su marido, no sabía cómo poner fin al asedio de los pretendientes. Pero, por boca de estos, se plantea la primera duda sobre la durabilidad de ese amor y del amor en general, a la vez que se cuestiona el sentimiento que une a numerosas parejas, y que los autores atribuyen a la protagonista. Aquí están enunciados todos los argumentos del drama de la esposa del héroe:

ANFÍNOMO.- Sólo la pareja que comparte todos sus instantes conoce el amor en su profundidad. La unión de Penélope y Odiseo duró poco tiempo.

ANTINOO.- Hace de esto veinte años. El amor era entonces sumisión y costumbre. (...)

EURIMACO.- Los hombres de armas suelen ser poco refinados en sus sentimientos... Y qué gran guerrero era Odiseo (nótese el recurso a la ironía). Quizá haya dejado en el ánimo de su conyuge más escarmiento que sed de amor... (p.16)

En las escenas quinta a octava es la misma Penélope, en conversación con algunos de sus pretendientes, quien nos revela su estado de ánimo y sus sentimientos. Su actitud es, al principio, de una leve coquetería, "ligeramente coqueta" (p.18) -según la acotación de los autores. Alega que de su hermosura -que se debía al amor por su esposo- sólo quedan despojos, pero añade con un suspiro: "¿pero acaso os preciáis de poder hacerlos revivir?" (p.18). Las razones esgrimidas para contraer nuevo matrimonio son: reconoce el mérito y el linaje de los pretendientes; Telémaco, que exige sus bienes; y Odiseo, que le habría

recomendado casarse cuando Telémaco se hubiera convertido en adulto. En la conversación con algunos de los pretendientes poco a poco Penélope va mostrando que ha pensado en acceder al deseo de ellos y reconoce ante las palabras de Anfíno-mo, casi indefensa: "Mi playa de ternura espera que tú naufragues en ella. El riesgo es dulce, no tengas miedo... (...) ¿Cómo no habría de tenerlo? Durante todos estos años he juntado ensueños y he perdido coraje..." (p.29), expresiones propias más de una canción popular contemporánea o de un bolero, que de la esposa de Odiseo.

Al principio de la obra, durante casi todo el primer acto, Telémaco parece seguro de sí mismo por sus actitudes hacia los pretendientes, a quienes acusa de dilapidar su patrimonio, y hacia su madre, a la que recrimina olvidar el debido recato al presentarse ante los pretendientes y mantener apartes con algunos de ellos. En la escena décima -la novena comienza a revelarnos otra faceta del carácter del joven Telémaco- vemos a Penélope como madre y a un Telémaco que guarda en su interior al niño que aún no ha dejado de ser. Hasta que, sola, una vez que Telémaco ha partido, la esposa de Odiseo se confiesa a sí misma sus sentimientos (escena XI):

¡Ah! Ese largo camino detrás de mí, apenas hollado... cuánto amor se me ha agolpado de pronto aquí, en estas manos, que se tienden buscando un rostro apenas vislumbrado, un corazón quizás desconocido, un cuerpo seguramente nuevo.... ¡Ah! Toda la ternura inempleada llora su impotencia porque, grávida de ella, no la he dejado nacer y la retengo por la fuerza en la matriz de mis sentimientos, y no escucho los golpes que me asesta pidiéndome compasión y libertad para desbordarse... (...) ¡Ah! Pobre... pobre Penélope... (p.35).

El segundo acto se ocupa del retorno de Odiseo a su palacio, del reencuentro con Telémaco y concluye con la matanza de los pretendientes. La escena primera nos muestra a una Euriclea malhumorada, diferente a la fiel servidora de la *Odisea*. Las escenas segunda y cuarta -núcleo de este segundo acto- tienen como finalidad manifestar los sentimientos que embargan a Odiseo. Entre ellas, la escena tercera, muy breve, es un momento de distensión: una breve conversación entre Femio y Medonte, quien equivocadamente presupone la muerte de Telémaco. En la segunda, asistimos a una conversación entre Odiseo, que acaba de llegar a su palacio, y el porquerizo Eumeo, quien lo ha recogido en la playa y acompañado hasta allí. Odiseo, turbado por la emoción, al entrar nuevamente en su palacio parece haber perdido sus fuerzas, pero pronto se repone y se prepara a vengarse. Aquí tampoco falta la ironía, mezclada esta vez con una referencia a nuestra realidad cotidiana. Dice Odiseo: "Mira: todo es gris... diferente. Hasta los muebles son otros. (*Sonríe*) En verdad, Penélope siempre tuvo inclinación por los cambios... nada quedaba dos semanas en el mismo sitio" (p.40). Y más adelante, Eumeo: "(*Sonriendo*) Por supuesto... mis puercos, otra versión de los

Pretendientes" (p.41). Eumeo insiste en la astucia de Odiseo, característica del héroe, pero los autores ponen en su boca formas más propias de nuestros días: "En Troya eras el táctico del ingenio, el general de la astucia, el estratega del golpe bajo" (p.41), "(...) por la astucia sistemática, por el engaño oportuno (...)" (p.44). La cuarta escena nos muestra el reencuentro del héroe con su hijo. En ella encontramos a un Telémaco envalentonado, que ha regresado de Esparta, y que trata con pocos miramientos al porquerizo y al mendigo que finge ser Odiseo. Este, halagando astutamente la vanidad del joven, lo lleva a reconocerlo. Y allí Telémaco, en su ambivalencia, se muestra nuevamente casi como un niño. Las escenas quinta -cambio de palabras entre la esclava Melanto y los pretendientes y de estos entre sí- y sexta -en la que Telémaco disputa con algunos de los jóvenes que aspiran a la mano de su madre y Odiseo, con aspecto de mendigo es amenazado por Antínoo- preparan el clímax, que tendrá lugar en la escena siguiente. En ella Penélope, después de aquietar los ánimos, propone la prueba del arco, aceptando una sugerencia de su hijo (en la *Odisea*, XXI 1 ss., es la diosa Palas Atenea la que inspira esa idea a la mujer de Odiseo). La escena concluye con la matanza de los pretendientes.

El tercer acto se centra en el reencuentro de Penélope y Odiseo. En la primera escena vemos a las sirvientas limpiando la sala tras la matanza, dirigidas por Euriclea que ha recuperado su noble actuar. En la segunda, el ama convence a Femio y a Medonte, de que lo mejor que pueden hacer es alejarse por un tiempo para evitar la cólera de Odiseo (en la *Odisea* son perdonados, XXII 330 ss.). Las escenas tercera y cuarta -conversación de Penélope y Euriclea y de Odiseo y Telémaco- van preparando la escena final, en la que se da la confrontación entre los esposos.

Al comienzo Penélope no sabe si lo que ha sucedido es verdad o solamente lo ha soñado. Temblorosa por lo que ha vivido -cruel contraste con su situación anterior, que compara con una barca impulsada por suspiros y reclamos-, expresa la esperanza de que alguno haya sobrevivido (escena III). La actitud de Penélope contrasta con la serenidad de Odiseo y Telémaco (escena IV). Ella, que los había escuchado oculta detrás de una columna, aparece fría, distante, actitud que Telémaco le reprocha y que Odiseo, al principio, considera normal, dados los acontecimientos vividos. Penélope va preguntando por la suerte que han sufrido todos y cada uno de los pretendientes y Odiseo, quien se da cuenta de lo que realmente pasa en el espíritu de su mujer, pide a Telémaco que los deje solos. Y entonces comienzan los reproches: las mentiras de Odiseo, sus aventuras, la 'fidelidad' de Penélope: "¡Fuiste fiel... en tu conducta! ¿Y en tus sueños, Penélope?... Todos éstos, acá, te hicieron soñar" (p.78). Las expectativas de ambos no coinciden con la realidad:

PENÉLOPE.- (*Fría.*) Con los atributos de un buen guerrero no se hace un buen marido...

ODISEO.- (*Pausa. Para sí mismo.*) Uno deja, al partir, una niña, crédula, sumisa, tal vez un poco desconocida, y encuentra, al

llegar, ...

PENÉLOPE.- (*Fría*) ...una mujer desengañada (p.77).

Penélope se queja de que Odiseo piense solamente en sí mismo (ella quiso "no desmerecer tus ideales ... no defraudarte"), pero no en ella: "¿Y en mí, en mis sueños ... en mis frustraciones ... pensaste alguna vez?" (p.78). Rememora los primeros tiempos de su vida sin Odiseo y comienza a darse cuenta de la sumisión a que éste la había acostumbrado (recordemos las palabras de Anfínomo al comienzo de la obra: "Quizá haya dejado en el ánimo de su cónyuge más escarmiento que sed de amor..." (acto I, escena II, p.16). Y le dice: "(...) sólo cuando ya no estabas me di cuenta de cuánto lugar tenía en mi vida reservado para ti... Y allí, en ese vacío que había quedado, fui poniendo... tímidos, encogidos, diminutos... lo que tú llamas mis sueños..." (p.79). Odiseo se enfurece y la amenaza, pero recapacita y se pregunta cuál será su vida a partir de ese momento, ya que no pasa por su mente -ni se lo permite el contexto- deshacer el vínculo:

ODISEO.- (...) Estamos juntos como hace veinte años...

PENÉLOPE.- Ay, sí, pero no como hace veinte años...

ODISEO.- (*Con fiereza.*) Esos veinte años no se han interpuesto entre nosotros... no han podido...

PENÉLOPE.- (*Interrumpe*) Somos nosotros quienes nos hemos interpuesto entre ellos... (p.80).

El final es una muestra maestra de comprensión humana. Penélope ha sido fiel a su esposo en los hechos, aunque no en sus sentimientos. Su actitud es valorada positivamente frente a la que, para los autores, fue la de Helena. Odiseo no le ha sido fiel a Penélope en su largo errar, pero en su ser más profundo fue y continúa siéndole fiel. Odiseo quiere olvidar, para él lo único importante es el presente. Penélope no puede, porque Circe, Calipso, ... (no menciona a Nausícaa) aún están vivas. Por el contrario, para Odiseo: "Los fantasmas de los muertos son los únicos peligrosos" (p.80) y se pregunta cómo podría volver a confiar en su mujer. Y entonces Penélope se recobra y se da cuenta de que le queda esa superioridad: "Dudar... dudar siempre... La duda del amante es la única seguridad del amor..." (p.80).

Odiseo ya no es el mismo. Para recuperar -o no perder- a Penélope renuncia a su modo de ser anterior; es Penélope la que mandará en el hogar. Aunque hacia el exterior sigan siendo los mismos, la relación entre ambos ha cambiado profundamente. Con amarga ironía Odiseo, al dirigirse con Penélope a la alcoba, expresa cómo será a partir de entonces la vida de ambos: "A un hombre y a una mujer les queda siempre un último recurso para escapar de la soledad". Esta cruel escena concluye con las palabras de Penélope, que parecerían un esfuerzo por mantener frente a los demás la apariencia de que todo está en orden y que parecen llegar casi hasta el autoconvencimiento: "Que la leyenda continúe" (p.82).

